

La pata de palo

Relato de José de Espronceda (adaptado)



Antes de la lectura.

Para una mejor comprensión del relato, se aclaran en este recuadro palabras novedosas, todas derivadas de “pierna”, que usó el autor en su narración:

Pernero: el que hace piernas.

Despernado: el que no tiene pierna.

Perniligero: el que tiene una pierna (o más de una), muy ligera o veloz.





Voy a contar la historia más horrible y asombrosa que se pueda imaginar, que hará erizar el cabello y acobardar el corazón al más valiente.

¡Oh cojos!, aprendan en pierna ajena y lean con atención esta historia, que es a la vez tan verdadera y tan lastimosa. Con ustedes hablo, y mejor diré que hablo con todos, porque todos en el mundo, aunque tengan las dos piernas, están expuestos a perderlas.

Vivían en Londres, hace menos de medio siglo, un comerciante y un artífice¹ de piernas de palo. Eran famosos los dos: el primero, por sus riquezas, y el segundo, por la gran habilidad que tenía para realizar su trabajo. Realmente esta habilidad era tan notable, que hasta los de piernas más ágiles y ligeras envidiaban las que él hacía de madera. Y esto sucedía hasta el punto que se habían puesto de moda las piernas de palo, con grave perjuicio de las naturales.

1 *Artífice: artista, creador.*





En este tiempo nuestro comerciante se rompió una de las suyas, con tal perfección, que los cirujanos decidieron que el mejor remedio era cortársela. Y aunque el dolor de la operación casi lo mata, después de que se recuperó y se encontró sin pierna, se alegró pensando en que artífice, con una pata de palo, lo libraría para siempre de semejantes percances. Mandó llamar a Mr Wood al momento (que éste era el nombre del estupendo maestro pernero), imaginándose ya con su bien arreglada y maravillosa pierna. Y es que a pesar de que nuestro protagonista era hombre grave, gordo y de más de cuarenta años, el deseo de sentir sí mismo la habilidad del artista lo tenía muy emocionado.

Este no se demoró en llegar, y fue seguramente por la fama de rico que tenía quien lo llamaba, y de que pagaba generosamente los servicios.

—Míster Wood — le dijo el comerciante. - felizmente necesito de su trabajo.

—Mis piernas- repuso Wood- están a disposición de quien quiera las necesite y las quiera.





–Mil gracias; pero no son las piernas de usted, sino una de palo lo que necesito.

–Esas son las que ofrezco yo - replicó el artífice -. Le aseguro que las mías, aunque son de carne y hueso, no dejan de hacerme falta.

–Por cierto que es raro que un hombre como usted que sabe hacer piernas tan excelentes, use todavía las mismas con que nació.

–En eso hay mucho que hablar; pero para no alargarnos: usted necesita una pierna de palo, ¿no es eso?

–Eso está claro – replicó el rico comerciante. - Pero no vaya usted a creer que la que yo necesito es una pierna cualquiera, sino que tiene que ser una obra maestra, un milagro del arte.

–Un milagro del arte, ¡eh! - repitió míster Wood.

–Sí, señor, una pierna maravillosa y cueste lo que cueste.

–Comprendo; una pierna que reemplace en todo la que usted ha perdido.

–No, señor; es preciso que no solo la reemplace sino que sea mejor todavía.

–Muy bien.





–Que encaje bien, que no pese nada, ni tenga yo que llevarla a ella, sino que ella me lleve a mí.

–Será usted servido.

–En una palabra, quiero una pierna... (vamos, ya que puedo y tengo que elegir una) quiero una pierna que ande sola.

–Como usted guste.

–Entonces está todo claro.

–De aquí a dos días –respondió el pernero- tendrá usted la pierna en casa, y le prometo que esta será tal y como usted la ha pedido.

Después de esto se despidieron, y el comerciante quedó entregado a sus sueños e imaginaciones, pensando que de allí a tres días se vería provisto de la mejor pierna de palo que hubiera en todo el reino unido de la Gran Bretaña. Entretanto, nuestro ingenioso artífice se ocupaba ya en la construcción de su máquina con tanto empeño y atención, que de allí a tres días, como había prometido, estaba acabada su obra.

Era una mañana de mayo y empezaba a aclarar el día feliz en que se cumplirían las mágicas ilusiones del despernado comerciante, que yacía en su cama muy alejado de la desventura que lo esperaba. No podía





soportar la ansiedad de la espera de ponerse la nueva pierna, y cada golpe que sonaba a la puerta de la casa retumbaba en su corazón. «Ese será», se decía a sí mismo cada vez; pero no pasaba nada, porque antes que su pierna llegaron la lechera, el cartero, el carnicero, un amigo suyo y otros mil personajes insignificantes, creciendo por instantes la impaciencia de nuestro héroe. Pero nuestro artífice era un buen cumplidor de palabras, y ¡ojalá que no la hubiese cumplido entonces! Llamaron, en fin, a la puerta, y en poco rato entró en la habitación un oficial de la tienda del artífice, con una pierna de palo en la mano, que parecía que se le iba a escapar.

–¡Gracias a Dios!-exclamó el banquero-, veamos esa maravilla del mundo.

–Aquí la tiene usted –replicó el oficial, – y créame que mejor pierna no ha hecho mi amo en su vida.

–Ahora veremos– y enderezándose en la cama, pidió que le trajeran su vestimenta, y apenas se cambió la ropa interior, mandó al oficial de piernas que le acercase la suya de palo para probársela.

No tardó mucho tiempo en calzársela. Pero aquí empieza la parte más lastimosa. No bien se la colocó y se puso en pie, cuando sin que fuerzas humanas fuesen bastantes





a detenerla, echó a andar la pierna de por sí sola con tanta seguridad y rapidez, que detrás de ella tuvo que seguirla el obeso cuerpo del comerciante. Inútiles fueron las voces que éste daba llamando a sus criados para que le detuvieran.

Desgraciadamente, la puerta estaba abierta, y cuando los criados alcanzaron a llegar, ya estaba el pobre hombre en la calle. Y cuando la pierna se vio en ella, se hizo imposible contener su ímpetu². No andaba, sino que volaba; parecía que iba envuelto por un torbellino, que iba arrastrado por un huracán. En inútil era echar atrás el cuerpo cuanto podía, tratar de engancharse a una reja, gritar para que lo socorrieran y detuvieran. Temía estrellarse contra alguna tapia, puesto que el cuerpo seguía a remolque el impulso de la alborotada pierna; si se esforzaba a cogerse de alguna parte, corría peligro de perder allí el brazo, y cuando las gentes llegaban al oír su pedido de auxilio, hacía rato que el pobre banquero había desaparecido.

Tanta era la violencia y rebeldía de la extremidad postiza. Lo único que lograba si se encontraba con algunos amigos, era que estos lo llamaran y le aconsejaran que se parara, lo que era para él tan imposible como tocar con la mano al cielo.

2 *Ímpetu: fuerza, energía*





– ¡Un hombre tan formal como usted! - le gritaba uno - ¡en calzoncillos y a escape por esas calles!

Y el hombre, maldiciendo, hacía señas con la mano de que absolutamente no podía pararse.

Algunos lo tomaban por loco, otros que intentaban detenerlo poniéndose delante caían atropellados por la furiosa pierna, lo que valía al desdichado andarín mil insultos. El pobre lloraba, desesperado, y se le ocurrió la idea de ir a casa del maldito fabricante de piernas que en este estado lo había dejado.

Llegó, llamó a la puerta al pasar; pero ya había cruzado la calle cuando el maestro se asomó a ver quién era. Este sólo pudo divisar a lo lejos un hombre arrebatado³ por un huracán que lo insultaba haciendo gestos con la mano.

Al caer la tarde, el apurado varón notó que la pierna, en vez de aflojar el ritmo, aumentaba en velocidad por instantes. Salió al campo y, casi exánime y jadeando⁴, logró tomar un camino que llevaba a la quinta de una tía suya que allí vivía.

3 *Arrebatado: veloz, violento, impetuoso.*

4 *Jadear: respirar fuertemente por causa de un esfuerzo físico.*





La respetable señora, que tenía más de setenta años, se encontraba tomando el té junto a la ventana y como vio a su sobrino venir corriendo tan extraño y apurado, empezó a sospechar si habría llegado a perder la cabeza, y mucho más lo pensó cuando vio que andaba solo en ropa interior. Al pasar el desdichado cerca de su ventana, la llamó y, ella muy seria, empezó a echarle una discurso muy grave acerca de lo indecente que era en un hombre de su edad andar de aquella manera.

—¡Tía!, ¡tía! ¡también usted! - respondió con lamentos su sobrino perniligero.

No se le volvió a ver más desde entonces, y muchos creyeron que se había ahogado en el canal de la Mancha al salir de la isla.

No obstante, hace algunos años que unos viajeros recién llegados de América afirmaron haberlo visto atravesar los bosques del Canadá con la rapidez de un relámpago. Y hace poco se vio un esqueleto desarmado que, sostenido por una pierna de palo, andaba vagando por las cumbres de los Pirineos, para notable espanto de los vecinos.





Y así continúa dando la vuelta al mundo llevado por la increíble rapidez de la prodigiosa pierna, que no ha perdido aún nada de su primer arranque, furibunda velocidad y movimiento perpetuo⁵.

5 *Perpetuo: eterno. Que no se acaba, que dura y permanece para siempre.*

